

ZURITA Y LA DEGRADACION DE LA NATURALEZA

Jaime Blume S.

Introducción

La poesía chilena de fin de siglo cuenta con un número importante de autores que dan peso y perfil al horizonte literario de nuestra patria. Entre ellos sobresale con singular relieve Raúl Zurita. De su obra, no muy abundante, destaca *Purgatorio*, volumen que recoge la producción poética realizada entre los años 1970 y 1977.

Atendiendo a su contenido, *Purgatorio* analiza con patética profundidad los primeros pasos de una peripecia vital como la suya, marcada por un cúmulo de experiencias dolorosas: carrera de ingeniería inconclusa, cesantía, prisión política, hogar destruido, problemas psicológicos graves, etc.

Semejantes experiencias constituyen el limo con el cual el autor fabricará sus criaturas poéticas más relevantes:

a) una *cosmogonía* centrada en el análisis del escenario natural en el cual se desarrolla la vida del poeta;

b) una *antropología* marcada por la presencia del yo todopoderoso del

poeta y sus modulaciones (travestismo, narcisismo, facha, mancha y vaca), y

c) una *escatología* que apunta a la redención del hombre caído que es Zurita y a una recreación del mundo por el cual discurre.

En el presente trabajo nos abocaremos al estudio del primer punto arriba señalado, la cosmogonía de *Purgatorio*, que da a la obra el soporte espacial necesario para su desenvolvimiento. El desarrollo del análisis nos permitirá hacer un catastro de los elementos que conforman la naturaleza zuritana y comprobar hasta qué punto la suerte de dicha realidad está comprometida con los altibajos de la vida misma del poeta. En este sentido, la erosión del mundo natural corre paralela con la degradación humana del poeta, y el posible rescate de aquél dependerá fundamentalmente de cómo Zurita logre redimirse a sí mismo. El tema y el tratamiento que de él hace Zurita tienen nexos evidentes con la Biblia, situación que hace recomendable acudir a ella para explicar mejor ciertas afirmaciones de *Purgatorio*.

1. El hombre degradado

Pese a que el objetivo del presente trabajo es el análisis de la dimensión cosmológica de *Purgatorio*, la estrecha unión que ella establece con la suerte del autor obliga a realizar ciertas consideraciones previas relativas a Zurita. Una lectura atenta de *Purgatorio* deja al descubierto el protagonismo narcisista del hablante lírico. Escondido o visible, en todas las páginas de la obra se agazapa la figura inconfundible del autor. Los distintos rostros que el poeta asume señalan la erosión que sufre su condición humana y psicológica, despeñándose de la exaltación del "Ego sum qui sum", poema que inaugura el libro, hasta la degradación de un animal manchado y sucio ("Hoy soñé que era Rey/ me ponían una piel a manchas blancas y negras/Hoy mujo con mi cabeza a punto de caer"). La "mancha" como signo de deterioro moral marca el abismo de envilecimiento en el que Zurita se sumerge, con lo que se completa un cuadro de baja estima autodestructiva evidente. Se trata, a ojos vistas, de un caso claro de conciencia juzgada. El mal está en el poeta y de ello tiene aguda conciencia. Se trata de lo que la teología conoce con el nombre de "pecado". Sin designarla con ese nombre, Zurita acepta la realidad de una condición moral rebajada a través de la confesión casi obscena de su propia miseria.

Vale la pena seguir de cerca esa confesión de pecado a la que aludíamos en el párrafo anterior, pues ella entrega claves importantes para la decodificación del pensamiento poético de Zurita. He aquí la lista: sobrevaloración del Yo (p. 12); estar

en el oficio por largos años (p. 13); perder el camino (Ibid.); maquillarse la cara en la penumbra, besar las propias piernas y aborrecerse mucho (p. 16); tiznar de negro a monjas y curas (p. 16); destrozarse la cara y "amarse a más que nada en el mundo" (p. 17); acostarse con una mujer que, aunque muerta, no deja de jaldear (p. 19).

Si analizamos esta penosa lista de "pecados", veremos que todos ellos se reducen al juego dialéctico entre un amor desordenado a sí mismo y al prójimo y un odio igualmente orientado al yo y a los demás. Una poderosa intuición lleva al poeta a proclamar que el único pecado es el que se comete contra el amor, evocando con ello, probablemente sin quererlo, el tremendo juicio de Dios sobre las infidelidades de Israel (Cf. Ez. 16; Os. 2).

El hecho de que a determinados actos se los designe con el nombre de "pecado" corresponde al protocolo impuesto por la cultura judeocristiana, a la que Zurita se adscribe. Pero la naturaleza misma de esos actos se capta sólo a través de la propia experiencia. La historia personal del poeta, hecha de delirios narcisistas o de crueles mutilaciones, constituye una verdadera revelación del pecado, especialmente en aquello que tiene de yugo y de esclavitud impuesta al hombre.

La segunda imagen que Zurita utiliza para referirse al mal presente en el hombre es la de *mancha*. La mancha pertenece al circuito del pecado, pero transparenta aspectos que éste no considera. El pecado subraya la dimensión ejecutiva en la comisión del mal, mientras que la man-

cha rescata las consecuencias que de dicho acto se siguen en el pecador. El pecado se circunscribe a su propio acontecer fenomenológico. Es un "episodio" en la vida del hombre, y de suyo compromete sólo la voluntad de ejecución de un acto prohibido. La mancha, en cambio, "apunta hacia una afección de la totalidad de la persona en tanto ésta se sitúa en relación con lo Santo. Aquello que afecta al penitente no podría quitarse con ningún lavado físico" (Ricoeur, 1976:29). Agreguemos a lo dicho que la mancha es la otra cara de la impureza, inicialmente concebida como un impedimento cultural inhibidor del contacto con las cosas sagradas (Lev. 21,22; Éx. 29,37), pasando luego a designar el daño espiritual del pecador marginado del contacto con Dios (Mc. 1,23; Jn. 15,3; Act. 15,9; Apoc. 7,14; I Pet. 3,21ss).

Este es, a nuestro juicio, el marco de intertextualidad bíblica contra el cual se proyecta la visión que Zurita tiene sobre el pecado, como acto contingente, y sobre la mancha, como condición estable del réprobo. Así podrían entenderse dos textos, referido el primero a una coyuntura exterior, y por lo mismo transeúnte ("Hoy soñé que era Rey/ me ponían una piel a manchas blancas y negras": p. 19), mientras el segundo apunta a una disposición permanente ("Anda yo también soy una buena mancha": p. 26).

Después del pecado y la mancha, la condenación aparece como la tercera imagen que Zurita procesa en su esfuerzo por resolver el *mysterium iniquitatis* que lo rodea y acecha. La conciencia de malestar que algunos textos acusan no refleja sólo un esta-

do deprimido ocasional, sino que da cuenta de una trágica experiencia: la conciencia de ser un réprobo condenado. Al respecto, vale la pena recordar un texto ya visto con ocasión del análisis en torno al concepto de "mal", pero que ahora cobra particular relevancia para ilustrar el tema que nos interesa:

*"Estoy mal Lo he visto
yo no estaba borracho
Pero me condené"* (p. 20).

Para entender un poco lo que tal afirmación significa, no cabe otro camino que ubicar la expresión en el contexto de la teología bíblica, pues de otro modo corremos el peligro de banalizar el término. La condenación es una imagen que aglutina en torno suyo una verdadera constelación semántica, de amplio registro. La enemistad con Dios y el alejamiento de su amor, las tinieblas (Ef. 4,18), la ceguera (Is. 6,9ss; Mt. 13,13) y la muerte (I Cor. 15,56) son consecuencias directas del pecado y desembocan en la pena eterna (Is. 56,44; Mt. 25,46; Mc. 9,42-47; Apoc. 20,9ss), marcada, en el sentir de San Agustín, por "la muerte que no muere", los remordimientos que roen el alma como un gusano, el sufrimiento inútil y estéril, los suplicios del cuerpo que participa de la pena y otras formas de esclavitud y envilecimiento. Al universo de la condenación pertenece también el infierno, asiento de las más despiadadas imágenes: "llanto y crujir de dientes en el horno ardiente" (Mt. 13,42), "la gehena donde su gusano no muere y el fuego no se apaga" (Mc. 9, 43-48; Mt. 5,22) y donde Dios puede "perder el alma y el cuerpo" (Mt. 10,28. Véase Zurita: "perdí el camino", p. 13). Este es el

intertexto que está detrás del “pero me condené” y es el que da soporte a la gravedad de la afirmación. Eternidad de un sufrimiento que no conduce a nada, divorcio definitivo de todo aquello a lo que aspira el hombre y alejamiento sin vuelta del bien absoluto son, entonces, los rasgos de espanto trágico que Zurita reconoce en su propia condenación.

Este hombre malo, pecador y condenado, vive su bajeza en un escenario específico, que designaremos con el nombre genérico de “mundo”. Ello abre el tema de la cosmogonía en *Purgatorio*, especialmente en su dimensión espacial. De esta dimensión hablaremos en la páginas que siguen.

2. La cosmogonía de *Purgatorio*: el espacio

Si el YO y sus modulaciones entregaban el perfil del personaje principal de *Purgatorio*, un territorio amplísimo se abre como colosal escenario por donde deambula tamaño personaje. Haciendo un recorrido atento de dicho escenario, caemos en la cuenta de que el infinito espacial está significado de alguna manera por la acumulación agobiante de elementos, muchos de ellos contradictorios. La comarca definida por *Purgatorio* incluye simultáneamente al desierto (pp. 23, 25, 26, 29, 31, 35, 36) y al oasis (p. 34), a las pampas (pp. 27, 33, 34, 35, 37, 57) y a los valles (p. 18), a los espacios vacíos (pp. 39, 48) y a la tierra cubierta de flores (p. 18). Los “llanos del demonio” (p. 37) se prolongan en las “llanuras del dolor” (p. 60) y en los campos del hambre y del desvarío (pp. 58, 59). La llanura (pp. 27, 37, 39) se

multiplica en espejismos (p. 26), se extiende a lo largo de horizontes dilatados (p. 33) o se encuentra en nichos (p. 49) y rincones (p. 34). El vacío del mundo (p. 32) florece en pastos infinitos (p. 48), y el silencio de la ausencia se puebla de silbidos (p. 47). El aire (pp. 33, 34), el viento (pp. 31, 36), la lluvia (p. 32) y la nieve (p. 36) dialogan con los cielos (pp. 18, 26, 31, 33), el sol (p. 18) y las estrellas (pp. 49, 65, 67), mientras los colores (blanco, verde, negro, azul: pp. 27, 49) iluminan el follaje de los árboles (p. 36), de las plantas (p. 18) y de los pastizales (p. 35). De todo este abigarrado conjunto de materias, brota Chile con sus “lapsus y engaños” (p. 25), patria en la que se escucha ahora “el balar de nuestras/ propias almas sobre esos desolados desiertos miserables” (p. 35).

El espacio así definido se convierte en un largo camino (pp. 11, 13, 32), recorrido por el yo y sus modulaciones (facha, mancha, vaca) y por una cohorte de personajes: monjas, curas, ángeles, Buddha, la madre, varios personajes femeninos, vaqueros que no saben qué hacer con el ganado, Dios, Jesucristo, la Inmaculada y Zurita mismo con sus amigos.

En el desarrollo de este estudio hemos sostenido que *Purgatorio* encierra una cosmogonía de nítido perfil, escenario hecho de desiertos, pampas, llanos, campos, horizontes; aire, viento, lluvia, nieve; cielo, sol, estrellas.

Este mundo asocia su suerte a la del hombre en términos tales que el rebajamiento de este último provoca la degradación de aquél. En ello quizás radique uno de los puntos más altos de la intuición poética de Zurita.

Veamos cómo procesa el poeta esta realidad. En lo que al mundo exterior se refiere, las observaciones del autor dan cuenta de un universo envilecido. “Pampas carajas” y “llanos del demonio” (pp. 33 y 37) son dos calificaciones que pesan abrumadoramente sobre el paisaje zuritano y lo marcan negativamente, pese a todos los esfuerzos para redimirlo. En otras partes se nos habla del “manicomio de las plantas” (p. 18), del Desierto de Atacama cuya visión “no valía ni tres chauchas” (p. 25), de ese mismo desierto que “son puras manchas” (p. 26), que es “maldito” (p. 27), estéril (p. 32), miserable (p. 35), árido (p. 37), solo (p. 38) y está conformado por “cochinas pampas” (p. 27). En un plano más abstracto, se nos informa acerca de los “blancos espacios de la muerte” (p. 53), de las áreas del desvarío, la pasión y la muerte (p. 57), o se vuelve al referente reconocible y concreto de “los campos del hambre” (p. 58), de los “campos del desvarío” (p. 59) y de “las llanuras del dolor” (p. 60). Estamos, a no dudarlo, frente a un juicio poético condenatorio, que rebaja la condición del escenario cósmico y lo convierte en adecuado contrapunto de la locura, sufrimiento y muerte del hombre.

El hombre es sujeto agente del mal, pero su acción trasciende más allá de sus propios límites, alcanzando al mismo mundo en el que habita, que ya no canta la gloria de Dios, sino que se convierte en tierra de exilio para el mismo hombre que la habita:

*“Los desiertos de Atacama no son azules porque por
allá no voló el espíritu de J. Cris-
to que era un perdido”* (p. 34)

De este mal en el mundo hablan las líneas que siguen.

3. Símbolos del mal en el cosmos

El mal, sus modulaciones y secuelas no sólo afectan a la persona del pecador, sino que alcanzan los límites cósmicos del escenario por el que el hombre discurre. En *Purgatorio*, tres son los aspectos que, desde el punto de vista escénico-geográfico, privilegia el poeta: el desierto, las áreas verdes y un ámbito complejo conformado por pampas, campos y llanuras. Frente a este espacio, Zurita adopta una actitud de arrobamiento, fácilmente reconocible en el poema que dice:

*Quién podría la enorme digni-
dad del
desierto de Atacama como un
pájaro
se eleva sobre los cielos apenas
empujado por el viento* (p. 31).

Sin embargo, junto a la visión paradisíaca del paisaje, existe otra que también reclama audiencia. Esta otra visión corresponde a la cara oscura de la realidad, y su registro nos permitirá matizar nuestro juicio sobre el tema.

Veamos, en primer término, lo que Zurita dice sobre el desierto. Por de pronto, el desierto “son puras manchas” (p. 26), es “maldito” y da miedo internarse por “esas cochinas pampas” (p. 27). Llegar al desierto de Atacama “no vale ni tres chauchas” (p. 25). Estéril y desolado (p. 32), el desierto se yergue como el contrapunto de “nuestras propias pampas carajas” (p. 33). Por las vastedades desérticas “no se escucha a las ovejas

balar" (p. 35) y el viento "borra como nieve el color de esa llanura" (p. 36). En estos "llanos del demonio" (p. 37) se divisa, como en un espejismo doloroso, "nuestra soledad", cuya sombra se despliega sobre un desierto que expira solitario, como si fuera "una larga facha coronada de espinas" (p. 38).

En lo que a las áreas verdes se refiere, segundo ámbito paisajístico trabajado temáticamente por Zurita, la visión que de ellas se desprende es más o menos similar a la que viéramos reflejada en los desiertos. En efecto, "las vacas huyendo desaparecen" de los pastos infinitos (p. 48), pues, contra toda apariencia, la engañosa feracidad de dichos pastos no es sino un "espacio vacío" cubierto por "pastos imaginarios" (p. 48) y regido por "los mismos vaqueros locos" (p. 52), que no pastorean sino que acosan las manchadas vacas hasta la muerte (p. 51).

El tercer elemento configurador del paisaje zuritano (pampas, campos, llanuras) es un horizonte dilatado cuyas características quedan al descubierto con el solo anuncio de la condición de dichos espacios. Desvarío, pasión, muerte, hambre infinita y dolor (p. 57) son imágenes que acotan la realidad en términos tales que hacen innecesario cualquier comentario.

En síntesis, el escenario descrito por *Purgatorio* —desiertos, áreas verdes, pampas, campos y llanuras—, junto con manifestar el esplendor de su belleza original, acusa el envilecimiento que sobre él cae cada vez que se relaciona con el hombre: "Nosotros seremos entonces la Corona de Espinas/ del Desierto" (p.

38). Es que la degradación del ser humano es de tal naturaleza que contamina todo lo que lo rodea. En este sentido, el pecado trastorna el orden querido por Dios en la creación, y explica el hecho de que el universo se enemiste con el hombre que lo destruye. Es, por otra parte, lo mismo que sostiene el texto bíblico:

"(...) maldito sea el suelo por tu causa: con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá y comerás la hierba del campo." (Gén. 3,17-20)

Una vez más, la intuición poética de Zurita alcanza un alto desempeño. Al vincular la tierra con el hombre, no hace otra cosa que revalorizar viejas tradiciones bíblicas. El hombre Adán sale de la tierra —*adamah*— y de ella toma su nombre (Gén. 2,7; 3,19; Is. 64,7; Jer. 18,6). Pero, así como la tierra es la heredad del hombre (Gén. 1,28) y participa de las bendiciones que sobre él recaen, de igual modo la maldad de éste hará que las simientes se transformen en hierbas venenosas y que espinas y zarzas trepen por sus altares (Os. 10,1-10). Con ello, la tierra deja de ser el paraíso de los orígenes y pasa a convertirse en un lugar de prueba y sufrimiento.

Podríamos seguir descubriendo múltiples parentescos entre textos de Zurita y de la Biblia, pero creemos que con lo dicho basta. No se trata de sostener que *Purgatorio* no sea sino una paráfrasis de distintos autores bíblicos, pero lo que sí parece claro es que el gran tema de la tierra maldita por el pecado corresponde a una doctrina muy bien asentada en la Biblia y profusamente ilustrada en Zurita.

El hecho de vincular causalmente el pecado del hombre con la degradación de la naturaleza es un refinamiento teológico que demuestra, por un lado, la originalidad del Libro Sagrado y, por otro, la evidente influencia a nivel de intertexto que las Escrituras ejercen sobre *Purgatorio*, aun cuando dicha influencia no sea necesariamente consciente. En todo caso, la experiencia del mal pareciera ser el soporte común del discurso bíblico y del de Zurita. Esta experiencia cuaja, en ambos casos, en una simbólica muy estructurada, cuya instancia más baja opera con símbolos primarios arquetípicos, que son, a nivel personal, el pecado y la mancha, y a nivel cósmico, el desierto y lo que él significa como situación límite de vida.

Es justamente en el punto recién mencionado donde se producen las mayores concordancias entre el poeta y su referente bíblico. La maldición de la esterilidad; la asombrosa soledad del desierto (Dt. 32,10); los sonidos que pueblan esta vastedad ("rugido" para la Biblia, ulular del viento para Zurita); la desolación de los "desiertos miserables" (Zurita, p. 35), que es la misma que sufre el hombre cuando Dios oculta su rostro (Ps. 13,2ss), son elementos que ocurren a cada paso tanto en la literatura de la cautividad de Israel como en el *Purgatorio* de Zurita.

Ponemos punto final a estas reflexiones recordando algo ya dicho más arriba. La causa del envilecimiento de la naturaleza es el pecado del hombre. Esta doctrina, que constituye uno de los puntos más originales de la teología bíblica sobre el pecado original, encuentra en Zurita, a la sazón desvinculado del cristianismo, un comentarista asombrosamente fiel y ortodoxo. Acudiendo a imágenes fundantes y símbolos primordiales, el poeta elabora su propio discurso sobre el mal, el pecado y sus consecuencias negativas en la naturaleza, discurso que presenta notables paralelismos con el pensamiento bíblico sobre el tema.

Con lo dicho cerramos nuestro estudio sobre la degradación del cosmos en la poesía de Zurita. Una visión más completa exigiría atender a la dimensión escatológica del poeta, pero ello nos obligaría a abrir un nuevo capítulo, situación que desborda el propósito del presente trabajo. Recordemos solamente que dentro de la cosmogonía de Zurita el capítulo final no es la muerte del mundo sino su regeneración:

"Para que desolado frente a estas fachas el paisaje devenga una cruz extendida sobre Chile y la soledad de mi facha vea entonces el redimirse de otras fachas: Mi propia Redención en el Desierto" (p. 38)

Bibliografía consultada

- CÁNOVAS, Rodrigo: *Lihn, Zurita, ICTUS, Radrigán: Literatura chilena y experiencia autoritaria*. Santiago de Chile, FLACSO, 1986.
- CIRLOT, Juan Eduardo: *Diccionario de símbolos*. Barcelona, Editorial Labor, 1969.
- COMBLIN, José: *Antropología Cristiana: Elección, Teología y Liberación*. Buenos Aires, Ediciones Paulinas, 1985.
- FOXLEY, Carmen: "Raúl Zurita y la propuesta autorreflexiva de *Anteparáiso*". En: Ricardo YAMAL: *La poesía chilena actual (1960-1984) y la crítica*. Concepción, Chile, Ediciones LAR, 1988.
- HOZVEN, Roberto: *El estructuralismo literario francés*. Ediciones del Departamento de Estudios Humanísticos, Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1979.
- JUNG, Carl G. *El hombre y sus símbolos*. Madrid, Aguilar, 1979.
- LE GAILLOT, Jean: *Psychanalyse et langages littéraires*. Paris, Nathan, 1977.
- RICOEUR, Paul: Introducción a la simbólica del mal. Buenos Aires, Ed. Megápolis, 1976.
- RIVERA, Hugo: "Chile: salir de las catacumbas". Diálogo con Raúl Zurita, en: *Casa de las Américas* N° 160 (enero-febrero de 1987).
- RODRÍGUEZ, Mario: "Raúl Zurita o la crucifixión del texto". En: *Revista Chilena de Literatura* (Universidad de Chile) N° 25, 1985.
- RODRÍGUEZ, Mario: "La Biblia como intertexto en tres poemas de Raúl Zurita". En: *Logos* (Universidad de La Serena) N° 1, 2° semestre, 1989.
- VALENTE, Ignacio: "Raúl Zurita: *Purgatorio*". En: *El Mercurio*, Santiago de Chile, Sec. "Artes y Letras", 16 de diciembre, 1979.
- VALENTE, Ignacio: "Zurita en la poesía chilena". En: *El Mercurio*, Santiago de Chile, Sec. "Artes y Letras", 31 de octubre, 1982.
- VALDÉS, Adriana: "Escritura y silenciamiento", en *Revista Mensaje*, Santiago de Chile, N° 276 (enero-febrero de 1979).
- ZURITA, Raúl: *Purgatorio*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1979.